

LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

2. LIBERALISMO



LA CRISIS DE LAS IDEOLOGIAS

Sion Gelabert
Fundació Gadeso

Una vez superada la etapa del materialismo, la cual definía, a grandes rasgos, la dicotomía clásica entre la izquierda (proletariado) y la derecha (burguesía), nos adentramos en el terreno del postmaterialismo. Definido, éste, como el cambio cultural identificado por el politólogo y sociólogo norteamericano Ronald Inglehart y que es el resultado del aumento de la seguridad económica y el crecimiento económico. Es decir, todas aquellas ideologías cuyo trasfondo va más allá de la mera lucha por la subsistencia y los derechos de las clases trabajadoras.

La mejora de la seguridad económica, a través de la cual las clases trabajadoras ven aumentada su calidad de vida y asegurada su subsistencia, desemboca en la aparición de nuevas ideologías que superan la lucha de clases, la cual, históricamente había definido la confrontación clásica entre los partidos de masas¹ (comunistas y socialdemocracia) y los partidos de cuadros (liberales y conservadores).

Los partidos de izquierda, tras la Segunda Guerra Mundial, renunciaban a la idea revolucionaria marxista para abrazar la democracia y dando lugar a la aparición de la socialdemocracia, sin que ello supusiera la renuncia a sus reivindicaciones históricas, adaptándolas, eso sí, a los nuevos tiempos y a una clase obrera agotada por la guerra y poco dada a protagonizar nuevos episodios de corte revolucionario. Se trataba de alcanzar el poder a través de las urnas y una vez asumido éste, iniciar toda una serie de reformas, más o menos profundas en las relaciones económicas en el seno de la sociedad y de ésta con el propio Estado. Nació así el llamado Estado del Bienestar. Los gobiernos no se limitaban a mantener la seguridad, la integridad del territorio y la defensa de la propiedad privada y de los medios de producción si no que focalizaba su atención en la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, promover la justicia social y erradicar la desigualdad, generando, a su vez, todos los mecanismos para ello. Educación universal, acceso gratuito a la sanidad, derechos laborales, salario mínimo, protección social frente al desempleo, etc., todo ello en el marco de una economía capitalista.

La proliferación de este tipo de partidos especialmente en el centro y el norte de Europa y sus éxitos electorales, permitieron a las clases populares de estos países dejar atrás sus penurias económicas, lo que contribuyó, inevitablemente, a la consolidación de las denominadas clases medias y a la aparición de toda una serie de nuevas demandas sociales que desembocaron en la aparición de las ideologías

¹ Históricamente los partidos de izquierda han sido considerados de masas, no tan sólo por ser partidos que presentan un elevado grado de afiliación, algunas veces casi forzosa, si no que su razón de ser es la defensa de la masa proletaria, mucho mayor en número que su antagonista, la burguesía,

postmaterialistas. El pacifismo, el ecologismo, el feminismo, el animalismo, entre otros, empezaron a entrar con fuerza en la escena política, incluso creando partidos políticos como es el caso de los verdes. Por su parte los partidos clásicos, despojados en gran medida de su razón de ser, especialmente los de la izquierda, y en aras de asegurar su supervivencia, comenzaron a incluir, en algunos casos a regañadientes, estos nuevos paradigmas en sus programas electorales y en sus agendas de gobierno a la vez que se reducía drásticamente su número de afiliados.

Las ideologías postmaterialistas no se circunscriben a una determinada clase social, son ideologías de corte transversal, si bien éstas pueden calar en mayor o menor medida en un determinado segmento social más que en los demás. Así los partidos y las ideologías clásicas se han visto obligados a reinventarse y a reinventar sus discursos para adaptarlos a estas nuevas realidades.

Hoy en día no resulta extraño que partidos antaño antagonistas defiendan, ahora, postulados muy semejantes en determinados temas. Se trata de hacer llegar el mensaje al electorado, sea del segmento social que sea, pero muy especialmente a las clases medias, las cuales constituyen el verdadero motor del cambio de valores iniciado a mediados del siglo pasado. Se puede afirmar que el discurso mismo de los partidos se ha transversalizado, convirtiendo a éstos en “*metapartidos*” o como fueron definidos en su día por el politólogo alemán Otto Kirchheimer, “*partidos atrapados*”², caracterizándose por los siguientes aspectos:

1. Una drástica reducción del bagaje ideológico;
2. Un menor énfasis en una determinada clase social para reclutar electores entre toda la población;
3. Asegurar el acceso a diversos grupos de interés.

Del mismo modo, la principal característica de estos partidos, según Kirchheimer, es la de concentrar sus energías en la competición electoral a través de la elección de temas con los que buscan un amplio consenso con la población general (como puede ser el ecologismo un tema utilizado desde diversas perspectivas por las principales fuerzas políticas que aspiran al gobierno).

Con todo ello, las ideologías clásicas, sobretudo las de la izquierda, han entrado en crisis, debido a la superación de sus postulados y a la transformación de la sociedad, desde la dicotomía clásica proletariado-burguesía a otra sociedad más plural y más segmentada socialmente que dista mucho de los valores clásicos (lucha de clases) y que ha orientado su punto de mira a otro tipo de cuestiones que afectan a la sociedad en su conjunto más que a un determinado segmento o clase social.

² En inglés catch-all party o big tent.

Con este número de Dossiers Gadeso, el 862, continuamos con la serie de monográficos con los que pretendemos arrojar luz sobre el cambio ideológico que se está produciendo en las sociedades democráticas.

En este número, concretamente, centraremos nuestra atención en la ideología democrática de masas por antonomasia, la socialdemocracia. La cual, con más o menos ambages sigue resistiéndose a sucumbir superada por las nuevas formas de pensamiento político tan de moda en nuestros días.

2. LIBERALISMO

ÍNDICE

¿LLEGÓ EL FIN DEL LIBERALISMO?	5
POR UN LIBERALISMO PESIMISTA	9
RESCATAR LA ECONOMÍA DEL NEOLIBERALISMO	14

¿LLEGÓ EL FIN DEL LIBERALISMO?

La ideología que nació contra el miedo se encuentra hoy abatida ante el resurgimiento de un fascismo rejuvenecido y tecnologizado

JOSÉ MARÍA LASSALLE
EL PAÍS. IDEAS. 30-06-2019

Los liberales viven en *shock*. Aturdidos por el impacto de una realidad política que no asimilan. El siglo XXI está sentándoles mal. No comprenden por qué han sido golpeados tan intensamente en el rostro de la confianza que tenían en sí mismos. Sobre todo después de haber contribuido de forma decisiva a ganar las guerras mundiales que acompañaron la marcha de la libertad durante el siglo pasado.

En los últimos 30 años su importancia ha dado un giro radical. En 1989 se las prometían felices. La gente se encaramó al muro de Berlín y una primavera liberal se adueñó de la historia proclamando su fin. No ha durado mucho el verano de esta hegemonía. La historia ha vuelto con mayúsculas. Ha traído un duro invierno populista que les tiene tiritando y con la duda de si no estaremos ante el inicio de una glaciación totalitaria.

De hecho, si pudiéramos retroceder una década en el pasado, ¿alguien creería posible ver al frente de la Casa Blanca a un presidente empeñado en [levantar un muro supremacista al sur de Río Grande](#)? ¿Y qué decir del mapa político de Europa? ¿Acaso podía imaginarse tras la caída del telón de acero que los defensores de la llamada *democracia iliberal* gobernarían en 11 países de la Unión y representarían más de la cuarta parte del electorado del viejo continente?

Con este panorama que se prodiga en el conjunto de Occidente, los liberales afrontan una época que parece empeñada en prescindir de ellos. ¿[Cuántos secundarían hoy día a Václav Havel](#) cuando afirmaba durante la Revolución de Terciopelo que podía cambiarse el mundo esgrimiendo la verdad, el espíritu libre, la conciencia y la responsabilidad; sin armas, ni voluntad de poder o arbitrariedad? Mejor no hacer la prueba de contabilizarlos. Baste decir que se palpa en el ambiente que el desencanto y la decepción hacia los valores liberales son intensos. Algo que propulsa a quienes desde las filas populistas consideran que la democracia debe despojarse del liberalismo si quiere sobrevivir y defender eficazmente los intereses nacionales. Una crítica que fundan en la incapacidad de los liberales a la hora de manejar la excepcionalidad

permanente a la que se ve sometido el mundo tras el cambio de milenio. La razón está en que no puede desarrollarse un decisionismo liberal a partir de la libertad, la lógica deliberativa, la tolerancia, la igualdad de oportunidades, el pluralismo o la defensa de un mercado no proteccionista.

Esta presunta debilidad sistémica del liberalismo frente a las urgencias decisionistas que plantea nuestro tiempo es lo que otorga al populismo una ventaja narrativa que le hace ganar espacio y progresar como un vector de cambio arcaizante y autoritario, capaz de movilizar a millones de personas bajo eslóganes neofascistas. Y así, como sucedió en el periodo de entreguerras, los liberales están en jaque y a la defensiva. Retroceden ante el malestar de multitudes radicalizadas en su rechazo hacia la democracia liberal y los valores que la hicieron posible como una esperanza de cambio y progreso para la humanidad.

Los datos parecen certificarlo. Roger Eatwell y Matthew Goodwin los analizan en *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia* (Península). En sus páginas se radiografía el trasfondo moral de unas sociedades occidentales que se sienten en declive y rotas. Víctimas de un futuro lleno de pesimismo e incertidumbre que hace que anhelan grandes dosis de orden y seguridad por todos sus poros generacionales y de clase. Aquí es donde debemos poner nuestro foco si queremos detectar las causas de la crisis del pensamiento liberal y del *shock* que paraliza a sus defensores. Hablamos de motivos que percuten sobre el inconsciente colectivo de la democracia y que activan su psicología reptiliana al propiciar un vector populista que muta, combinado con el nacionalismo, hacia una resignificación posmoderna del fascismo.

Este *revival* de su antípoda más intenso y directo es lo que desconcierta a los liberales y los deja fuera de juego, sumidos en una crisis de identidad muy profunda. Sobre todo porque compromete la viabilidad misma de la democracia liberal, el principal producto de sus ideas. Contra todo pronóstico, el fascismo se abre camino, escala y gana posiciones. Renace de sus cenizas, confirmando las sospechas de que está firmemente arraigado en el corazón emocional de Occidente. No en balde, después de la brutalidad de la Segunda Guerra Mundial vuelve vigoroso, rejuvenecido, vistiendo un atuendo que lo disimula, aunque gritando el mismo discurso antiliberal de siempre.

Lo denuncia con valentía Rob Riemen, uno de los pocos filósofos liberales que quedan. En *Para combatir esta era* (Taurus) nos lanza una advertencia y nos pide que, más allá de los rasgos populistas, autoritarios o cesaristas que lo escondan, llamemos al fascismo por su nombre. Algo que exige su denuncia y su combate. Actitudes que el liberalismo debe afrontar después de acometer un esfuerzo de autocritica que le haga pensar qué cosas hizo mal y, sobre todo, qué se dejó por el camino cuando venció en la Guerra Fría y todos los pueblos del mundo pos-soviético abrazaron sus ideas con ilusión.

Los populistas creen que la democracia debe despojarse del liberalismo si quiere sobrevivir

Para ello, hay que retroceder en el tiempo y comprender que el liberalismo nació como una trinchera contra el miedo. Una línea roja desde la que protegió la heterodoxia de los disidentes religiosos y el patrimonio de estos frente al todopoderoso soberano. Lo primero se hizo mediante la tolerancia, y lo segundo, con la propiedad. Algo que los liberales abordaron casi al tiempo que Hobbes edificaba el Estado moderno sobre los cimientos, precisamente, de ese miedo que el leviatán utilizaba para instaurar el gobierno del orden. De ahí que James Simpson sostenga en *Permanent Revolution* (revolución permanente) que la aparición del liberalismo fue básicamente una estrategia de las minorías puritanas para proteger su catecismo calvinista en medio de las guerras religiosas que sacudieron el continente europeo. Una iniciativa que pronto se hizo revolucionaria y que, de la mano de la Ilustración filosófica, desarrolló un compromiso universal con la mayoría de edad política de los hombres frente a los poderes políticos, económicos y sociales.

El liberalismo adoptó, por tanto, un compromiso institucional a favor de la razón, el gobierno limitado y el progreso humano a través de la democracia deliberativa y el reformismo social. Empezó una lucha por los derechos que, desde las revoluciones atlánticas hasta la Declaración Universal de las Naciones Unidas de 1948, fue configurando una civilización basada en ellos. Precisamente la originalidad del liberalismo fue, como explica Helena Rosenblatt en *The Lost History of Liberalism* (la historia perdida del liberalismo), dotar a la persona de un blindaje de derechos inviolables frente a los dispositivos de dominación que podían proyectar sobre ella el poder y la mayoría social. De ahí que los pensadores liberales influyeran en las Constituciones e introdujeran en sus textos un sumatorio de libertades. Unas, positivas o de socialización, y otras, negativas o de preservación de la subjetividad y sus elecciones individuales. De este modo, el miedo fue contenido y marginado como un dispositivo al servicio del poder. Es más, este último tuvo que admitir que su legitimación solo podía estar en una democracia que tenía que vertebrarse dentro de una institucionalidad liberal basada en derechos.

Dos siglos y medio después de su nacimiento, el liberalismo parece estar abatido ante el resurgimiento del miedo que tan eficazmente supo desactivar en el pasado. Se abre a sus pies una crisis de fundamentación debido al tsunami de incertidumbre que lleva a las sociedades democráticas a despreciar la cultura liberal de los derechos y añorar con ansiedad un orden autoritario. Incluso son cada vez más los que desearían encerrarse dentro de un búnker reaccionario donde refugiarse de la inseguridad que les asedia emocionalmente. La democracia misma parece inclinada a desplazar su eje de legitimación del liberalismo al populismo. Un fenómeno sin aparente explicación porque quizá no hemos sabido detectar adecuadamente el origen de los seísmos que nos desestabilizan y que transforman el pensamiento liberal en papel mojado.

Hemos buscado explicaciones en el pasado cuando tendríamos que hacerlo en el futuro. En causas que tienen que ver directamente con él. Habría que empezar a asumir que la revolución digital está removiendo los cimientos de la arquitectura analógica del mundo debido al desarrollo de un capitalismo cognitivo sin regulación, en manos de monopolios intocables, profundamente desigual y que sustituye la libertad humana por algoritmos. Una revolución que inquieta sin ruido, porque se lleva a cabo desprovista de controles democráticos o debates públicos. Pero un cambio profundo de paradigmas que está liberando malestares que tienen un común denominador: una ansiedad no explícita que, sin embargo, percute sobre la piel de mamífero que recubre la experiencia colectiva e individual de la democracia y libera dislocaciones como la mencionada reaparición del fascismo.

Y es aquí donde el liberalismo capitula ante un miedo resignificado tecnológicamente. Un miedo que no se dibuja con precisión, pero que localiza su mirada en un futuro sin trabajo, que habitan cibernautas y que gobierna una inteligencia artificial que neutralizará la espontaneidad de la acción humana. Quizá es aquí donde tendríamos que identificar las causas más secretas del colapso liberal: en que la idea de progreso puede dejar de ser un aliado de la libertad para convertirse en la alfombra narrativa que nos lleve hacia una distopía totalitaria por aclamación.

José María Lassalle es exsecretario de Estado de Cultura y Agenda Digital y autor de 'Ciberleviatán, el colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital' (Arpa).

POR UN LIBERALISMO PESIMISTA

El liberalismo ha cumplido, en parte, su promesa de progreso, pero la soberbia de pensar que este proceso era fácil y mecánico casi acaba con él.

[Ramón González Ferriz](#). Letras libres 04 enero 2018

Cuando un programa informático produce los mismos efectos negativos de manera reiterada, suele llegarse a la conclusión de que estos no son errores, sino rasgos propios y premeditados del sistema (*not a bug, but a feature*). Es decir, no es que el sistema falle, es que está diseñado para producir ese resultado.

Esta es más o menos la crítica que los detractores del liberalismo hacen al sistema político y económico actual. A sus partidarios, nos parece que los evidentes problemas de pobreza, desigualdad, racismo, precariedad, machismo y exclusión son errores que se pueden tratar de solventar mediante los adecuados debates informados, la voluntad política de reforma y, en algunos casos, la ayuda de la innovación tecnológica. Un crítico del capitalismo, sin embargo, respondería que son rasgos propios del liberalismo que existen no porque este sea imperfecto y necesite mejorar, sino que son características inherentes al sistema y, en cierto sentido, necesarias para que este se mantenga en pie.

Hay argumentos de sobra para rebatir esta acusación y, al mismo tiempo, los liberales no podemos evitar la angustia que nos provoca. Es cierto que, a pesar del tremendo bache que la crisis financiera ha provocado en casi todos los países ricos, el liberalismo sigue cumpliendo, aunque sea de manera agregada, su promesa de progreso: la mayoría de los indicadores de bienestar humano ha subido paulatinamente en los últimos sesenta años, y aunque no hay unanimidad en esto, es posible que la salida de la crisis permita recuperar la tendencia ascendente en crecimiento, ingresos personales, niveles de alfabetización, disminución de la violencia y la desigualdad, esperanza de vida al nacer y acceso a la educación, la sanidad y el empleo. Este optimismo no es pensamiento mágico ni una predisposición del carácter a ver el lado bueno de las cosas: es un hecho que estos factores han mejorado y, pese a los importantes errores, es razonable pensar que pueden seguir haciéndolo aunque se produzcan periodos de estancamiento.

Al mismo tiempo, y de ahí la angustia, la crisis financiera ha hecho muy evidente a quienes defendemos con matices el régimen político actual que este tiene una cantidad de defectos asombrosa. A esa sensación se suma otra, de menor importancia pero relevante intelectualmente: nunca hemos prestado verdadera atención a los críticos del sistema. Solo hemos estado dispuestos a reconocer la magnitud del drama cuando han sido aquellos que percibimos como de nuestro bando quienes han denunciado en público el fracaso.

Michael Lewis, exbróker en Solomon Brothers y columnista de *Bloomberg*, el medio emblemático del capitalismo financiero estadounidense, publicó ya en 2010 *La gran apuesta* (Debate, 2013), un escalofriante recorrido por el sector de los derivados financieros y las hipotecas en Wall Street que provocó la caída de Lehman Brothers y desencadenó la Gran Recesión, y que hace que pensar hoy en “mercados autorregulados suene a chiste malo”. Muchos tal vez no nos paramos a pensar que la desigualdad era un problema –quizá el problema– de nuestro tiempo en los países ricos hasta que un economista ortodoxo como Thomas Piketty lo explicó en *El capital en el siglo XXI* (FCE, 2014). Martin Wolf, acaso el periodista económico más influyente del mundo y columnista del *Financial Times*, analizó en *La gran crisis: cambios y consecuencias* (Deusto, 2015) cómo y por qué la desregulación financiera y la globalización no han obtenido los resultados esperados y más bien han empeorado las expectativas vitales de mucha gente, generado desigualdad y, con ello, puesto en riesgo la democracia. *The Economist*, el medio liberal por excelencia, lleva años advirtiendo que la meritocracia está fallando y que el privilegio –centrado ahora en la capacidad de los ricos y los bien conectados para conseguir a sus hijos una educación de élite y los mejores trabajos– es una seria amenaza para el funcionamiento del ascensor social. Un año y medio antes de la llegada de Trump al poder, [señalaba](#) que “si los estadounidenses sospechan que las reglas son tramposas, podrían tener la tentación de votar por demagogos de derechas o de izquierdas”. No es seguro que haya una causalidad tan evidente, pero el hecho es que los votantes escogieron a un demagogo de derechas. ¿Era razonable su sospecha de que las reglas son tramposas? Cierta izquierda, aquella situada más allá de la socialdemocracia, lleva tiempo afirmándolo.

En resumen: resulta difícil saber el número de fallos que hacen que sea un fracaso. Es evidente que ni siquiera el liberalismo es perfecto, aunque hasta ahora sus resultados objetivos hayan sido los mejores y se podría pensar que, con el tiempo, cumplirá sus promesas. Sin embargo, en las sociedades occidentales el argumento que defiende que el régimen liberal está trabajando para integrar a cada vez más personas, si bien puede sostenerse de buena fe, parece cada vez más endeble, y además no es seguro que el problema sea exclusivamente económico.

Es probable que el liberalismo no se reformara a tiempo de impedir la gran crisis, o que durante esta ni siquiera intentara una salida más justa, por los mismos males que tarde o temprano afectan a todas las ideologías: el narcisismo y la complacencia. Al menos en sus interpretaciones más abiertas, el liberalismo ha pretendido ser lo menos ideológico posible para, a partir de unas bases morales claras pero genéricas y unas reglas institucionales relativamente aceptadas por todos, permitir dentro de sí cuantas más posiciones encontradas fuera posible. (Como se ve, entiendo el liberalismo en un sentido muy amplio, tanto que incluyo en él desde la socialdemocracia hasta la democracia cristiana, aunque para mí tenga unas connotaciones más progresistas y reformistas.) Pero esta apertura –o esta ilusión de apertura, dirían quienes

lo consideran el “pensamiento único”– puede que haya perdido parte de la gran fertilidad ideológica con que se desarrolló en los países democráticos desde la Segunda Guerra Mundial. No es solo la percepción de que ya no volverá la osadía que dio pie a instituciones como el fmi, el Banco Mundial, la Unión Europea o el euro, sino que parece que ni siquiera queda la mínima iniciativa ni el capital político necesario para algo más modesto y urgente: reformar estas organizaciones. El problema no es la carencia de ideas, estas circulan ampliamente –periódicos, revistas, editoriales, *think tanks*, fundaciones, partidos y *lobbies*: suscríbanse a sus *newsletters* una vez y nunca más pensarán que existe escasez de pensamiento–, sino la falta de imaginación que hemos demostrado entre todos al creer que la democracia tal como la conocemos es el único sistema concebible, que la economía tal como estaba planteada en los países ricos nunca dañaría a la clase media y que, en última instancia, esa clase media rica garantizaría para siempre la estabilidad. Pensar otra cosa resultaba, simplemente, imposible para los liberales biempensantes.

Tal vez porque nos quedamos anclados en los años noventa, los más optimistas de esta clase de liberalismo abierto no hemos sabido sustituir el entusiasmo de entonces –hoy sabemos que desmesurado– por algo que no sea llevarnos las manos a la cabeza. Apenas disponemos de un recambio intelectual (aunque algo va tomando forma a partir de las críticas al liberalismo de liberales como los mencionados), y los lúgubres presagios del liberal más gruñón, John Gray, siempre fueron más acertados que los más inspiradores de Michael Ignatieff o Timothy Garton Ash. Por lo menos sabemos que en parte estábamos engañados por el lado más brillante de nuestra ideología. ¿Y ahora?

El liberalismo nació como consecuencia de la idea de progreso en su sentido moderno. Fue un descubrimiento complejo, la suma de la Revolución científica y el nuevo pensamiento político y económico surgido de la Ilustración, que acabó traducéndose en la Revolución industrial, la Guerra y la Declaración de Independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa, y se desarrolló de forma tortuosa a lo largo del siglo XIX. El núcleo de esa idea era profundamente optimista: que el ser humano podía deshacerse de las cadenas de la explotación, la anulación política y la miseria por medio de la razón, y que esta era capaz de crear instituciones adecuadas para hacer que los ciudadanos fueran libres y prósperos. En ese sentido, el liberalismo es una ideología confiada en el futuro (y que se abstrae muy bien de sus evidentes contradicciones). Si, pero solo si, hacemos lo correcto, nada hay que temer en el día de mañana. Lo correcto, para el liberalismo, ha sido la vieja fórmula de la separación de poderes, las elecciones libres, una suerte u otra de meritocracia, la libertad de prensa, una economía de mercado fuertemente corregida por la intervención estatal, el mandato del pluralismo y la tolerancia. Todos ellos son rasgos que se han ido depurando y que, como decía, tienen muchas interpretaciones a izquierda, centro y derecha, pero que básicamente hoy identificamos con las democracias. “Yes we can”, el lema de Obama en su campaña electoral de 2007, suponía en cierta

manera una síntesis de este optimismo. Sí, podemos acabar con las desigualdades, el racismo, la injusticia y todos los obstáculos que impiden un progreso posible. Por supuesto, era en parte una receta de autoayuda, pero el liberalismo también ha necesitado eso con frecuencia.

Sin embargo, el liberalismo ha ido más allá de la mera creencia de que unas adecuadas reglas institucionales, que llevan implícitas determinadas reglas morales, desatarían el progreso. Algunas de sus expresiones, en particular las de carácter menos economicista que se produjeron tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, también vieron en su ideal de ordenación de la convivencia una herramienta para contener los peores instintos de la humanidad. Aunque el liberalismo haya sido el epítome del optimismo, también lo ha sido de la prudencia máxima. Pensadores como Isaiah Berlin o Raymond Aron atenuaron la euforia desatada e hicieron explícitos los límites del progreso y, sobre todo, los peligros que tiene toda ideología excesivamente confiada en su capacidad para traer a la tierra algo parecido al paraíso. Se puede afirmar que, cuando menos en esta versión y parafraseando a Judith Shklar, el liberalismo es una ideología surgida del miedo: el miedo al utopismo, a la intolerancia, a la ruina provocada por el delirio ideológico. Como explicó Berlin en su “Mensaje al siglo XXI”:

Debemos valorar y medir, negociar, hacer renunciaciones e impedir el aplastamiento de una forma de vida por parte de sus rivales. Sé perfectamente que esta no es una bandera bajo la que hombres y mujeres jóvenes idealistas y entusiastas deseen manifestarse: parece demasiado dócil, demasiado razonable, demasiado burguesa, no excita las emociones generosas. Pero deben creerme, no se puede tener todo lo que se desea: no solo en la práctica, tampoco en la teoría. La negación de esto, la búsqueda de un solo y omniabarcador ideal porque es el único y el únicamente verdadero para la humanidad, lleva invariablemente a la coerción.

Si sustituimos ahora a los jóvenes idealistas y entusiastas por los políticos y economistas idealistas y entusiastas que les asesoraban (y su idea de crecimiento) podríamos concluir que el liberalismo, en sus años triunfales de finales del siglo XX, no estuvo a la altura del consejo de Berlin. Como tantas ideologías, se dejó llevar por un exceso de confianza y optimismo. Y, si bien en los mejores casos se mantuvo dentro del Estado de derecho y de un bienintencionado esfuerzo por extender el bienestar a quienes estaban excluidos, en otros es evidente que sus motivaciones fueron la simple avaricia y el intento de agrandar y favorecer a los poderosos. La ideología que en su propia definición colocaba en el centro de la arquitectura institucional y moral la existencia de límites y contrapesos que contuvieran las pasiones humanas y sus peores instintos incurrió en lo que pretendía evitar. Estaba pensado para contener la *hibris*, la soberbia, pero se dejó llevar por ella.

El pensamiento liberal debería regresar hoy a la contención, modular las tentaciones de cambiar por completo la sociedad mediante la retórica de

la innovación y recalibrar la idea de que quien no está dispuesto a cambiar se condena al fracaso: es decir, tendría que ser un poco más conservador. Y además dejar durante un tiempo en un lugar secundario su razonable apuesta por la meritocracia y la competitividad, porque aunque ambas sean irrenunciables es necesario pensar en la inclusión: lo cual, en términos ideológicos tradicionales, es un viraje a la izquierda. Entiendo muchas de las críticas a los excesos del liberalismo hechas por liberales como los que he mencionado antes como una recomendación en esta línea (es una interpretación: ninguno de ellos dice esto de forma explícita). Quizá lo que necesitamos después de la crisis financiera es más un liberalismo destinado básicamente a contenernos, y no a prometernos un crecimiento infinito.

Para ello es preciso volver a ensanchar el ya amplio campo del liberalismo tanto hacia el conservadurismo como hacia el progresismo. En ambos lados del espectro hay ideas que podrían mejorar la salud y la eficiencia del gran centro y recordarnos que, de vez en cuando, por volver a la analogía informática, hay que escribir partes de código nuevo para solucionar problemas y que, cuando se den, sean ciertamente fallos, no rasgos. En el lado conservador, por ejemplo, deberíamos tener más en cuenta las ideas de Edmund Burke acerca del cambio: este es necesario y debe ser frecuente, pero gradual y siempre con la mirada puesta en las consecuencias negativas que, de forma inevitable, acarrea en partes importantes de la sociedad; en las últimas décadas, ciertamente, sobre los más desfavorecidos. En el lado progresista, quizá podríamos acercarnos incluso a una versión *light* de Herbert Marcuse: hay malestares en la sociedad que escapan a los índices económicos – aunque si estos son malos, los recrudecen– y que no podemos ocultar bajo nuestro entusiasmo por la tecnología o la velocidad.

Escribir sobre ideas políticas siempre es más fácil que llevarlas a la práctica. El liberalismo ha cumplido en parte su compromiso de progreso, y su gradualismo escéptico ha resultado ser una de las mejores herramientas intelectuales –o hasta morales– para alcanzar cotas de bienestar generalizadas e inclusivas. Pero la soberbia de pensar que este proceso era fácil y mecánico casi da al traste con él. Un poco más de pesimismo, en forma de cautela o de inclusión, quizá pueda devolverlo a sus mejores horas.

Ramón González Férriz

(Barcelona, 1977) es ensayista y columnista en El Confidencial. En 2018 publicó 1968. El nacimiento de un mundo nuevo (Debate).

RESCATAR LA ECONOMÍA DEL NEOLIBERALISMO

El neoliberalismo y sus prescripciones habituales –siempre más mercado, siempre menos Estado– son, en realidad, una perversión de la ciencia económica.

[Dani Rodrik](#). Letras libres 04 enero 2018

Hasta a los más acérrimos críticos del neoliberalismo les cuesta definirlo. En términos generales, denota una preferencia por los mercados sobre el gobierno, por los incentivos económicos sobre las normas culturales o sociales y por la iniciativa privada sobre la acción colectiva o comunitaria. Se ha usado para describir un abanico amplio de fenómenos, desde Augusto Pinochet a Margaret Thatcher y Ronald Reagan, de los demócratas de Clinton y el Nuevo Laborismo británico a la apertura económica de China y la reforma del Estado del bienestar en Suecia.

Es un término “atrapalotodo” para cualquier cosa que huele a desregulación, liberalización, privatización o austeridad fiscal. Hoy lo denigramos habitualmente como un atajo para las ideas y prácticas que han producido una mayor inseguridad y desigualdad económica, que han llevado a la pérdida de nuestros valores e ideales políticos y que incluso precipitaron nuestra actual reacción populista.

Vivimos, aparentemente, en la era del neoliberalismo. Pero, ¿quiénes son los defensores y diseminadores del neoliberalismo?, ¿quiénes son los neoliberales? Es curioso pero casi hay que regresar a los primeros años de la década de los ochenta para encontrar a alguien que reivindicase de manera explícita el neoliberalismo. En 1982 Charles Peters, el veterano editor de *The Washington Monthly*, publicó un ensayo titulado “Un manifiesto neoliberal”. Es una interesante lectura 35 años después, ya que describe un neoliberalismo que no tiene nada que ver con el actual que criticamos. Los políticos a los que Peters nombra como ejemplos del movimiento no son Thatcher y Reagan, sino Bill Bradley, Gary Hart y Paul Tsongas. Los periodistas y académicos que menciona son James Fallows, Michael Kinsley y Lester Thurow. Los neoliberales de Peters son liberales (en el sentido estadounidense de la palabra) que se han desprendido de los prejuicios que tenían a favor de los sindicatos y el gobierno grande y contra los mercados y el ejército.

El uso del concepto “neoliberal” explotó en los noventa, cuando se asoció a dos aspectos, ninguno de los cuales menciona Peters. Uno fue la desregulación financiera, que culminó en el *crash* de 2008 –el primero que experimentó Estados Unidos desde el periodo de entreguerras– y en la debacle del euro que todavía persiste. El segundo es la globalización económica, que se aceleró gracias a los flujos libres de las finanzas y a un nuevo y más ambicioso tipo de acuerdo comercial. La financiarización

y la globalización se han convertido en las manifestaciones más visibles del neoliberalismo en el mundo de hoy.

Que el neoliberalismo sea un concepto resbaladizo y cambiante, sin ningún *lobby* explícito de defensores, no significa que sea irrelevante o irreal. ¿Quién puede negar que el mundo ha experimentado un cambio decisivo hacia los mercados desde los ochenta? ¿O que los políticos de centroizquierda –los demócratas en Estados Unidos, los socialistas y socialdemócratas en Europa– adoptaron con entusiasmo algunas de las creencias centrales del thatcherismo y el reaganismo, como la desregulación, la privatización, la liberalización financiera y la iniciativa privada? Buena parte de nuestra discusión sobre políticas contemporáneas sigue impregnada de normas y principios supuestamente basados en el *homo economicus*.

Pero la laxitud del concepto neoliberalismo significa también que su crítica a menudo yerra el tiro. No hay nada malo en los mercados, el emprendedurismo privado o los incentivos, cuando se aplican de manera adecuada. Su uso creativo está detrás de los avances económicos más significativos de nuestro tiempo. Mientras acumulamos críticas contra el neoliberalismo, nos arriesgamos a despreciar algunas de sus útiles ideas.

El verdadero problema es que la economía *mainstream* se convierte en ideología con demasiada facilidad, lo que limita las opciones que parece que tenemos, mientras que nos ofrece soluciones uniformes. Entender bien la economía que hay detrás del neoliberalismo nos permitiría identificar –y rechazar– la ideología cuando se camufla de ciencia económica. Y, lo que es más importante, nos ayudaría a desarrollar la imaginación institucional que tanto necesitamos para rediseñar el capitalismo para el siglo XXI.

Por lo común, se piensa que el neoliberalismo se basa en unos principios clave de la ciencia económica mayoritaria. Para apreciar esos principios, sin la ideología, hagamos un experimento mental.

Un reconocido y reputado economista llega a un país que nunca ha visitado y del que no sabe nada. Lo llevan a una reunión con los más importantes legisladores del país. “Nuestro país tiene problemas”, le dicen. “La economía está estancada, hay poca inversión y no hay crecimiento a la vista.” Lo miran expectantes: “Por favor, díganos qué debemos hacer para que nuestra economía crezca.”

El economista admite su ignorancia y explica que sabe muy poco sobre el lugar como para dar recomendaciones. Necesitaría estudiar la historia de la economía, analizar las estadísticas y viajar por el país antes de poder decir algo. Pero sus anfitriones insisten. “Entendemos su reticencia y desearíamos que tuviera tiempo para todo eso”, le dicen. “Pero ¿no es la economía una ciencia y no es usted uno de sus profesionales más distinguidos? Aunque no sepa mucho sobre nuestra economía, seguro

hay algunas teorías generales y prescripciones que puede compartir con nosotros para guiarnos en nuestras políticas económicas y reformas.”

El economista está ahora en una encrucijada. No quiere imitar a esos gurús económicos a los que tanto ha criticado por diseminar sus consejos favoritos. Pero se siente retado por la pregunta. ¿Hay verdades universales en economía? ¿Puede decir algo válido (y posiblemente útil)?

Entonces comienza. La eficiencia con la que los recursos están distribuidos es un determinante crítico del rendimiento de una economía, dice. La eficiencia requiere alinear los incentivos de la producción doméstica y las empresas con los costes sociales y las prestaciones. Los incentivos a los que se enfrentan los emprendedores, inversores y productores son particularmente importantes para el crecimiento económico. El crecimiento necesita un sistema de derechos de propiedad y ejecución de contratos que asegure a quienes invierten que pueden conservar el retorno de sus inversiones. Y la economía debe estar abierta a las ideas e innovaciones del resto del mundo.

Pero las economías pueden descarrilarse por inestabilidad macroeconómica, continúa. El gobierno debe aplicar una política monetaria sólida, lo que implica restringir el crecimiento de liquidez al incremento de la demanda del valor nominal del dinero con una inflación razonable.

Tiene que asegurar una sostenibilidad fiscal, para que el incremento de la deuda pública no supere el ritmo de ingresos nacionales. Y debe aplicar una regulación prudencial de los bancos y otras instituciones financieras para evitar que el sistema financiero corra riesgos excesivos.

Ahora se está calentando. La economía no trata solo de la eficiencia y el crecimiento, añade. Los principios económicos también conducen a la equidad y las políticas sociales. La economía tiene poco que decir sobre cuánta redistribución debería buscar una sociedad. Pero sí nos dice que la base tributaria debería ser tan amplia como sea posible y que los programas sociales deberían diseñarse de una manera que no motive a los trabajadores a quedar fuera del mercado de trabajo.

Cuando el economista termina, parece que ha desplegado una agenda neoliberal completa. Un crítico en la audiencia habrá oído todas las palabras clave: eficiencia, incentivos, derechos de propiedad, moneda estable, prudencia fiscal. Pero los principios universales que describe el economista son en realidad muy indefinidos. Suponen una economía capitalista –una en la que las decisiones de inversión las toman los individuos privados y las empresas– pero no mucho más. Admite –es más, requiere– una variedad sorprendente de organización institucional.

Entonces, ¿el economista acaba de ofrecer un mamotreto neoliberal? Estaríamos equivocados si pensáramos así y nuestro error sería asociar cada concepto abstracto –incentivos, derechos de propiedad, moneda

estable— con una contrapartida institucional. Y ahí yacen la arrogancia central y el fallo fatal del neoliberalismo: la creencia de que los principios económicos de primer orden se traducen en un único paquete de políticas, basadas en la agenda de Thatcher y Reagan.

Veamos los derechos de propiedad. Importan siempre y cuando distribuyen retornos a la inversión. Un sistema óptimo distribuiría derechos de propiedad a aquellos que hagan el mejor uso de un activo y los protegería contra aquellos que con mayor probabilidad expropiarían los retornos. Los derechos de propiedad son buenos cuando protegen a los innovadores de los *free riders* o polizones, pero son malos cuando los resguardan de la competencia. Dependiendo del contexto, un régimen legal que proporciona los incentivos apropiados puede parecer muy diferente del régimen estándar de derechos de propiedad privada, al estilo de Estados Unidos.

Esto puede parecer una distinción semántica de poca importancia concreta, pero el impresionante éxito económico de China se debe en buena medida a su heterodoxa experimentación institucional. China se abrió a los mercados, pero no copió las prácticas occidentales de derechos de propiedad. Sus reformas crearon incentivos basados en el mercado a través de una serie de acuerdos institucionales inusuales que se adaptaban mejor al contexto local. En vez de pasar directamente de la propiedad del Estado a la propiedad privada —lo que habría encontrado muchos obstáculos por la debilidad de las estructuras legales ya existentes—, el país se basó en formas mixtas de propiedad que en la práctica facilitaron más derechos de propiedad efectivos para los emprendedores. Las Iniciativas Locales y Municipales (o TVES, de Township and Village Enterprises), que impulsaron el crecimiento económico chino en los años ochenta, eran de propiedad colectiva y estaban controladas por los gobiernos locales. A pesar de que su propiedad era pública, los emprendedores recibieron la protección que necesitaban contra las expropiaciones. Los gobiernos locales tenían un interés directo en los beneficios de las empresas y, por lo tanto, no querían matar a la gallina de los huevos de oro.

China recurrió a muchas de estas innovaciones. Todas cumplían los elevados principios de nuestro economista, pero las organizaciones institucionales eran desconocidas. El sistema dual de precios, que mantuvo las entregas de grano obligatorias al Estado, pero permitió a los agricultores vender los excedentes en mercados libres, proporcionó incentivos del lado de la oferta, a la vez que aisló a las finanzas públicas del efecto adverso de la liberalización total. El llamado Sistema de Responsabilidad de la Economía Doméstica dio a los agricultores el incentivo de invertir y mejorar la tierra que trabajaban, mientras obviaba la necesidad de una privatización explícita. Las zonas económicas especiales proporcionaron incentivos a la exportación y atrajeron inversores extranjeros sin eliminar la protección a las empresas estatales (y, por lo tanto, salvaguardando el empleo doméstico). A la luz de estas desviaciones del proyecto ortodoxo, considerar las reformas económicas

de China como un giro neoliberal, como los críticos suelen hacer, distorsiona más de lo que revela. Si llamamos a esto neoliberalismo, entonces deberíamos mirar con mayor generosidad las ideas detrás de una de las reducciones de pobreza más dramáticas de la historia.

Uno podría protestar y decir que las innovaciones institucionales chinas eran exclusivamente transicionales. Quizá el país tiene que converger hacia instituciones de estilo occidental para sostener su crecimiento económico, pero esta línea de pensamiento olvida la diversidad de acuerdos capitalistas que todavía hay entre las economías avanzadas, a pesar de que el discurso sobre las políticas sea homogéneo.

¿Qué son, después de todo, las instituciones occidentales? La importancia del sector público, por ejemplo, en el club de los ricos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) varía desde un tercio de la economía en Corea a casi el 60% en Finlandia. En Islandia un 86% de los trabajadores son miembros de un sindicato; en Suiza, en cambio, solo un 16%. En Estados Unidos las empresas pueden despedir a los trabajadores casi cuando quieran; las leyes laborales de Francia requieren que los empresarios pasen primero por varios aros. Los mercados de valores han crecido en Estados Unidos hasta representar casi 1,5 veces la renta nacional; en Alemania, solo son un tercio de eso, lo que representa la mitad de la renta nacional.

La idea de que todos estos modelos de impuestos, relaciones de trabajo u organización financiera son inherentemente superiores a otros se contradice con la suerte variable que cada una de estas economías ha experimentado en décadas recientes. Estados Unidos ha atravesado periodos sucesivos de angustia en los que sus instituciones económicas han estado por debajo de las de Alemania, Japón, China, y ahora, posiblemente, Alemania otra vez. En realidad se pueden obtener niveles comparables de riqueza y productividad bajo muy diferentes tipos de capitalismo. Deberíamos ir incluso un paso más allá: es probable que los modelos hoy prevalecientes estén muy lejos de agotar el alcance de lo posible (y deseable) en el futuro.

El economista visitante de nuestro experimento mental sabe todo esto y reconoce que los principios que ha enunciado necesitan detalles institucionales antes de que puedan ser operativos. ¿Derechos de propiedad? Sí, pero ¿cómo? ¿Moneda estable? Claro, pero ¿cómo? Quizá sea más fácil criticar su lista de principios por ser vacua que denunciarla como un mamotreto neoliberal.

Aun así, estos principios no están por completo libres de contenido. China y, en realidad, todos los países que consiguieron desarrollarse rápido demuestran su utilidad una vez que están adaptados de forma adecuada al contexto local. En cambio, muchas economías han acabado en la ruina gracias a líderes políticos que eligen violarlos. No hay más que mirar a los populistas latinoamericanos o los regímenes comunistas de

Europa del Este para apreciar el significado práctico de la moneda estable, la estabilidad fiscal y los incentivos fiscales.

Por supuesto que la economía es algo más que una lista de principios abstractos, y en buena medida de sentido común. Gran parte del trabajo de los economistas consiste en desarrollar modelos estilizados de cómo funcionan las economías para luego confrontarlos con la realidad. Los economistas tienden a pensar que lo que hacen es refinar de modo progresivo su conocimiento del mundo: se supone que sus modelos mejoran cuanto más los testan y revisan con el tiempo. Pero el progreso en la economía ocurre de otra manera.

Los economistas estudian una realidad social que no tiene nada que ver con el universo físico de los científicos naturales, sino que está construida completamente por el hombre, es muy maleable y opera siguiendo diferentes reglas en el tiempo y el espacio. La economía progresa no adaptándose a un modelo correcto o a una teoría que responde a esas preguntas, sino mejorando nuestra comprensión de la diversidad de las relaciones causales. El neoliberalismo y sus remedios habituales –siempre más mercados, siempre menos gobierno– son de hecho una perversión de la economía *mainstream*. Los buenos economistas saben que la respuesta correcta a cualquier pregunta en economía es: *depende*.

¿Un aumento del salario mínimo reduce el empleo? Sí, si el mercado laboral es muy competitivo y los empresarios no tienen control sobre la remuneración económica que pueden pagar para atraer a los trabajadores; pero no necesariamente. ¿La liberalización del comercio aumenta el crecimiento económico? Sí, si aumenta la rentabilidad de las industrias donde se produce el grueso de la inversión y la innovación; pero no lo hace si no es así. ¿El aumento del gasto público aumenta el empleo? Sí, si hay grasa en la economía y los salarios no crecen; pero no de otra manera. ¿Los monopolios amenazan la innovación? Sí y no, dependiendo de una multitud de circunstancias del mercado.

En economía los nuevos modelos rara vez suplantán a los viejos. El modelo básico de mercados competitivos, que puede remontarse hasta Adam Smith, ha sido modificado con el tiempo para incluir, en un orden histórico aproximado, los monopolios, las externalidades, las economías de escala, la información incompleta y asimétrica, el comportamiento irracional y otras características del mundo real. Sin embargo, los viejos modelos siguen siendo tan útiles como siempre. Entender cómo funcionan los mercados reales requiere de diferentes lentes en diferentes momentos.

Quizá los mapas son la mejor analogía. Al igual que los modelos económicos, los mapas son representaciones muy estilizadas de la realidad. Son útiles precisamente porque abstraen del mundo real detalles que nos molestan. Un mapa a escala real sería un artefacto desesperadamente inútil, como mostró Jorge Luis Borges en un relato

que sigue siendo una de las mejores y más sucintas explicaciones del método científico. Pero la abstracción también implica que necesitamos un mapa diferente dependiendo de la naturaleza de nuestro viaje. Si viajamos en bici, requerimos un mapa de las rutas de bicicleta. Si vamos a pie, precisamos de un mapa con los caminos a pie. Si se construye una nueva estación de metro, necesitaremos un mapa del metro, pero no tendríamos que tirar los mapas viejos.

Los economistas suelen ser muy buenos haciendo mapas, pero no lo son lo suficiente a la hora de elegir el que se adapta mejor a una tarea concreta. Cuando se enfrentan a preguntas sobre políticas –similares a las que se enfrenta nuestro economista visitante–, muchos de ellos recurren a modelos de referencia que favorecen el *laissez-faire*. Las soluciones instintivas y la arrogancia sustituyen la riqueza y la humildad del debate en el seminario. John Maynard Keynes escribió que la economía es la “ciencia que piensa en modelos unida al arte de elegir los modelos relevantes.” Los economistas suelen tener problemas con la parte del “arte”.

He ilustrado esto también con una parábola. Un periodista llama a un profesor de economía para preguntarle si el comercio libre es una buena idea. El profesor responde con entusiasmo que sí. El periodista entonces se hace pasar por un estudiante en el seminario que imparte el profesor sobre comercio internacional. Le hace la misma pregunta: ¿Es el comercio libre bueno? En este caso el profesor se bloquea. “¿Qué quieres decir con ‘bueno’?”, responde. “¿Y bueno para quién?” El profesor entonces hace una extensa exégesis que culmina en una declaración evasiva: “Así que si esta larga lista de condiciones que acabo de describir se cumple, y suponiendo que podemos gravar a los beneficiarios para compensar a los perdedores, un comercio más libre tiene el potencial de incrementar el bienestar de todo el mundo.” Si está de un humor expansivo, el profesor quizá añada que el efecto del comercio libre sobre el crecimiento a largo plazo de una economía tampoco está claro y que, en realidad, depende de un conjunto de requisitos.

Este profesor es muy distinto del que conoció el periodista anteriormente. Cuando lo graban, demuestra confianza en sí mismo, y no reticencias, sobre las políticas apropiadas. Solo hay un único modelo, al menos tal y como se entiende en la conversación pública, y solo hay una respuesta correcta con independencia del contexto. Es extraño pero el profesor considera que el conocimiento que imparte a sus estudiantes avanzados es inapropiado (o peligroso) para el público general, ¿por qué lo hace?

Las raíces de este comportamiento están en las profundidades de la sociología y de la cultura de la profesión de la economía. Pero un motivo importante de ello es el celo de mostrar las joyas de la corona de la profesión sin lacras –eficiencia de mercado, la mano invisible, ventaja comparativa– y protegerlas del ataque de bárbaros y egoístas, llamados proteccionistas. Desafortunadamente, es común que estos economistas

ignoren a los bárbaros del otro lado del debate, a los financieros y las empresas multinacionales, que no tienen motivos inocentes y están más que dispuestos a secuestrar estas ideas para su propio beneficio.

Como resultado, las contribuciones de los economistas al debate público suelen estar sesgadas en una dirección, en favor de mayor comercio, más finanzas y menos gobierno. Por eso los economistas han desarrollado una reputación de *cheerleaders* del neoliberalismo, a pesar de que la corriente principal de la economía está muy lejos del panegírico del *laissez-faire*. En suma, los economistas que dejan que su entusiasmo por los mercados libres se desboque en realidad no están siendo fieles a su propia disciplina.

¿Cómo deberíamos entonces pensar sobre la globalización para liberarla del yugo de las prácticas neoliberales? Tenemos que comenzar a entender el potencial positivo de los mercados globales. El acceso a los mercados del mundo de bienes, tecnologías y capital ha desempeñado un papel importante en prácticamente todos los milagros económicos de nuestro tiempo. China es el más reciente y un poderoso recordatorio de su verdad histórica, pero no es el único caso. Antes de China, Corea del Sur, Taiwán, Japón y otros cuantos países no asiáticos como Chile y Mauricio vivieron milagros similares. Todos ellos acogieron la globalización en vez de darle la espalda y se beneficiaron enormemente.

Los defensores del orden económico existente son rápidos para señalar estos ejemplos cuando se cuestiona la globalización. Lo que no consiguen decir es que casi todos se unieron a la economía global violando las restricciones neoliberales. China protegió su gran sector estatal de la competencia global, estableciendo zonas económicas especiales donde las empresas extranjeras podían operar con reglas diferentes que en el resto de la economía. Corea del Sur y Taiwán subvencionaron en gran medida a sus exportadores; el primero a través del sistema financiero, y el segundo, de incentivos fiscales. Cada uno terminó por eliminar casi todas sus restricciones a las importaciones, mucho después de que el crecimiento económico se estabilizara. Pero ninguno, con la única excepción de Chile en los ochenta bajo Pinochet, siguió la recomendación neoliberal de una apertura rápida a las importaciones. El experimento neoliberal de Chile produjo a final de cuentas la peor crisis económica de toda América Latina. Aunque los detalles difieren según los países, en todos los casos los gobiernos desempeñaron un papel activo para reestructurar la economía y aislarla de un ambiente externo volátil. Las políticas industriales, las restricciones en flujos de capital y los controles de divisas –todos prohibidos según el manual neoliberal– fueron desenfrenados.

Por el contrario, los países atrapados en el modelo neoliberal de globalización quedaron muy decepcionados. México es un ejemplo particularmente triste. Después de una serie de crisis macroeconómicas en los años noventa, acogió la ortodoxia macroeconómica, liberalizó ampliamente su economía y su sistema financiero, redujo de forma

drástica las restricciones a las importaciones y firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Estas políticas produjeron estabilidad macroeconómica y aumentos significativos del comercio exterior y la inversión interna. Pero donde cuenta, en la productividad global y el crecimiento económico, el experimento falló. Desde que aplicó las reformas, la productividad global de México se ha estancado y la economía ha estado por debajo de su nivel, incluso para los estándares poco exigentes de América Latina.

Estos resultados no son una sorpresa desde la perspectiva de la economía estable, sino otra manifestación más de la necesidad de que las políticas económicas se ajusten a los fallos a los que son propensos los mercados y se adapten a las circunstancias específicas de cada país. No hay un manual que sirva para todo.

Antes de que la globalización girase hacia lo que llamamos hiperglobalización, las reglas eran flexibles y conscientes de lo anterior. Keynes y sus compañeros veían el comercio internacional y la inversión como un medio para obtener objetivos económicos y sociales domésticos –pleno empleo y una prosperidad amplia– cuando diseñaron la arquitectura global económica en Bretton Woods en 1944. A partir de los noventa, sin embargo, la globalización se convirtió en un fin en sí mismo. La organización económica mundial está ahora motivada por un terco enfoque que busca reducir los obstáculos al flujo de bienes, capital y dinero a través de las fronteras nacionales, aunque no de trabajadores –donde en realidad las ganancias económicas habrían sido mucho más grandes.

Esta perversión de las prioridades se hizo evidente en la manera en que los acuerdos comerciales comenzaron a ir más allá de las fronteras y a rehacer instituciones nacionales. Las regulaciones sobre inversión, sanidad y seguridad, políticas medioambientales y promoción industrial se convirtieron en objetivos potenciales para su abolición; se pensaba que obstaculizaban el comercio exterior y la inversión. Las grandes empresas internacionales, consideradas al margen de las nuevas reglas, obtuvieron nuevos privilegios. Había que reducir los impuestos de sociedades para atraer inversores (o evitar que se fueran). Las empresas e inversores extranjeros obtuvieron el derecho de demandar a los gobiernos nacionales en tribunales especiales de arbitraje cuando los cambios de regulaciones domésticas amenazaban con reducir sus beneficios. En ningún lugar fue el nuevo acuerdo más dañino que en la globalización financiera, que produjo no un mayor crecimiento e inversiones, como prometía, sino una crisis dolorosa tras otra.

Al igual que la economía ha de salvarse del neoliberalismo, la globalización debe hacerlo de la hiperglobalización. Una globalización alternativa, que conserve el espíritu de Bretton Woods, no es difícil de imaginar: una que reconozca la multiplicidad de modelos capitalistas y por lo tanto permita a los países moldear sus propios destinos económicos. En vez de maximizar el volumen de comercio e inversión

extranjera y armonizar las diferencias regulatorias, se centraría en las reglas de tráfico que manejan la interfaz de sistemas económicos diferentes. Abriría el espacio de políticas para los países avanzados al igual que para los que están en desarrollo: los primeros podrían así reconstruir sus contratos sociales por medio de mejores políticas sociales, de impuestos y del mercado laboral, los segundos podrían perseguir la reestructuración que necesitan para el crecimiento económico. Requeriría más humildad por parte de los economistas y tecnócratas respecto a las prescripciones apropiadas, y por lo tanto una mayor disposición a experimentar.

Como muestra el temprano manifiesto de Peters, el significado del neoliberalismo ha cambiado de manera considerable con el tiempo, y la etiqueta ha adoptado connotaciones más duras con respecto a la desregulación, la financiarización y la globalización. Pero hay un hilo que conecta todas las versiones del neoliberalismo, y es el énfasis en el crecimiento económico. Peters escribió en 1982 que este énfasis estaba garantizado porque el crecimiento es esencial para todos nuestros fines sociales y políticos: comunidad, democracia, prosperidad. El emprendedurismo, la inversión privada y la eliminación de obstáculos que bloquean el camino (como una excesiva regulación) son todos instrumentos para conseguir el crecimiento económico. Si hoy se redactara un manifiesto neoliberal similar, diría sin duda lo mismo.

Los críticos señalan que este énfasis en la economía degrada y sacrifica otros valores importantes como la igualdad, la inclusión social, la deliberación democrática y la justicia. Esos objetivos políticos y sociales obviamente importan mucho, y en algunos contextos son los que más importan. No pueden siempre, o ni siquiera a menudo, conseguirse a través de políticas económicas tecnocráticas; la política tiene que jugar un papel central.

Pero los liberales no se equivocan cuando argumentan que es más probable alcanzar nuestros ideales más queridos cuando nuestra economía es vibrante, fuerte y creciente. Se equivocan cuando piensan que hay una receta única y universal para mejorar el comportamiento económico. El fallo fatal del neoliberalismo es que ni siquiera acierta en los aspectos económicos. Debe rechazarse en sus propios términos por la simple razón de que es mala economía. ~

Traducción del inglés de Ricardo Dudda.

Publicado originalmente en Boston Review.

[Dani Rodrik](#)

*Es profesor de economía en la Universidad de Harvard. Entre sus libros recientes están *Las leyes de la economía* (Deusto, 2016) y *La paradoja de la globalización* (Antoni Bosch, 2017)*